

P. 5467

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CARRERA DE SAN FRANCISCO, 13 :-: APARTADO DE CORREOS 694 :-: TELÉFONO 5.075 :-: 16 PÁGINAS, 5 CÉNTIMOS :-: 25 EJEMPLARES, 75 CÉNTIMOS :-: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :-: AÑO II :-: NÚM. 53 :-: MADRID 4 J LIO 1915.



LA QUERELLANTE Y EL ABOGADO

EL.—¿Y dice usted que su marido..
 ELLA.—Quiere separarse de mí.
 EL.—¡Qué bruto! ¡Ese hombre no tiene derecho.



(Dib. de Demetrio.)



¿Quieren hacerse ricos?

por Antonio Morillas.

Los que, como yo, somos más impresionables que una viudita reciente, sufrimos cada emoción que destrenza. Oír un suspiro, y ponérsenos de punta casi la totalidad del cabello, es una cosa más fija que hacer el ridículo patinando. Y menos mal cuando nuestra emoción se reduce a la referida erección capilar, porque hay veces que ni ofreciéndonos una barrera de sombra se nos vuelve a nues-

Las niñas bobas.



—¡A los hombres todo se les vuelve hablar; todos no pasan de decirme «me la comía a usted».... ¡Tengo unas ganas de que alguno se indigeste! ...

tras adorables posesiones del regocijo particular. Por lo que a mí se refiere, he sufrido más sobresaltos que un novillero primerizo. Claro que, debido a esta miaja de serenidad que me hace el lleno, el pollo que comparece no ha hecho el mutis hacia la enajenación; pero que he llegado a poner los ojos en blanco y a morder a un dependiente de ultramarinos, es un “¡no, no; en el tranvía, no, que me mareo!”, pongo por síntoma.

Bueno, pues “¡alzate un poco, que te salpican!”, como decimos los diplomaos; las emociones son una especie de festejo público, comparadas con el “terremoto” emotivo que se me avecina. ¡Mi tía, y qué alboroto! ¡Va a ser cosa de echarse a rodar y decir que nos hemos mudao!

En un número de la “Revue Deux Mondes” (¡soy un títo copiando cosas “extendias”!), Charles Richet, un hombreco con toda la barba corrida para eso del pacifismo, y que se halla en posesión del premio Nobel, se arranca por soleares de aumento de población con un afán que destronea. Naturalmente que no está de más que los hombres de talento, dicho sea sin aludir a nadie, nos vayamos ocupando del porvenir desastroso que nos presenta la guerra. Pero, ¡caramba!, de ahí a promover un jaleo público, media un pantano con agua de diferencia. Y a todo esto, neutralizado lector, no he tenido el gustazo de ponerle al hilo de las tablas del asunto que nos “envuelve”. Disimula y “asimila”, que la cosa es como para hacerse un chichón filosofando.

Para combatir el mal de la despoblación de Francia, Charles Richet, adoptando un gesto magnánimo, hace “aquí” y propone: “Creación oficial de un premio de 1.000 francos por cada nuevo ciudadano francés.” Naturalmente, que si vamos a ajustar cuentas, con los mil

francos no hay ni para nutrir durante una semana a la nodriza, por muy desgastada que resulte. Pero como aquí no se tiende a la materialidad de "poner en su casita" a los padres del nuevo ciudadano, sino que estos cuartejos se dan como darse pudiera una condecoración cualquiera, la idea del gran pacifista me parece digna de una revolución de plácemes. Ahora que, claro, como en todas partes anda suelto el pitorreo colectivo, el asunto se va a prestar a una serie brutal de cositas cómicas.

—Furcialeux: usted es... ¿cómo decirselo!... usted es... vamos, una cosa así como afeminadete... Más claro, Furcialeux: ¡usted es incapaz de ganarse mil francos!

Si por acá no estuviésemos ahogados de ciudadanejos, era cosa de pedir al Gobierno la implantación inmediata de la idea de Richet. Además de enriquecer en poco tiempo a casi la totalidad de los matrimonios españoles, se resolvían, burla burlando, una "multitud" de problemas importantes. ¿Ejemplos? ¡Un montón!

—Bueno, querido moroso. Esto no va a poder ser. Usted me debe cincuenta y siete pesetas, "dista" una "epopeya" de tiempo, y por lo visto, se hace el "trascordao".

—¡Hombre, le diré a usted!...

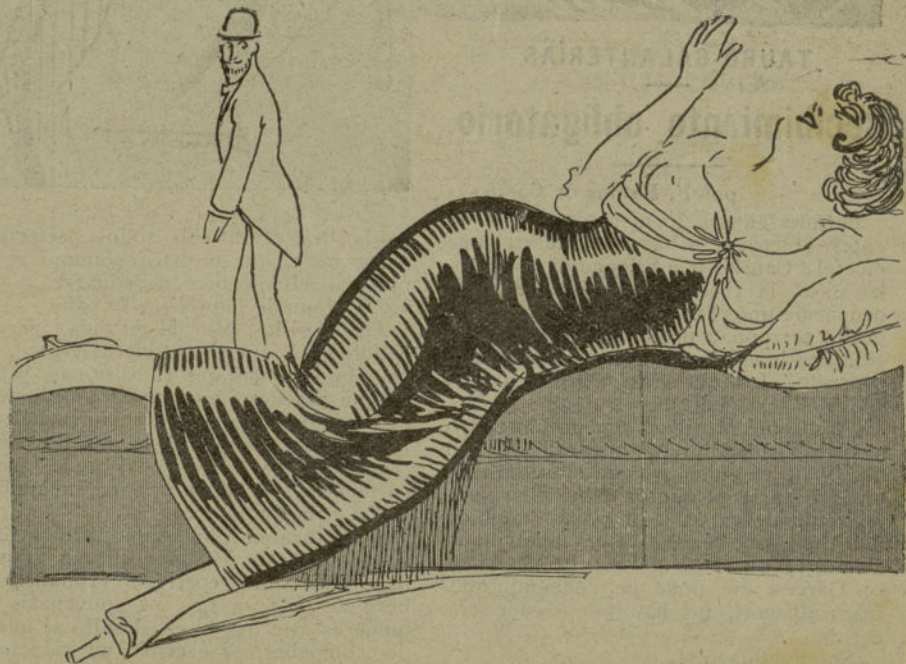
—Ni un vocablo, ¿comprende? Estoy fatigado de esperar. O me paga, o le meto diez y ocho centímetros de brazo en la mandíbula más próxima. Usted dictaminará.

—Yo... la verdad... hasta Septiembre, si no falla la cuenta, y si no se nos desgracia...

—Pero... ¡Haberlo dicho, distinguido deudor! ¡Nada, hombre; tome lo que quiera!

Me parece que soy una "apoteosis" de elevado para estos menesteres de la documentación. Y, lo dicho; a mí me parece una barbaridad de bien lo que en la "Revue, etc." propone el mencionado caballero. Si no se toma por el lado cómico, los ochenta millones de nuevos ciudadanos que Richet ve en perspectiva, representan, además del natural refocilamiento colectivo, un resurgimiento "fe-

Marido ruidoso.



EL.—Voy a comprarme unas pastillas para curarme esta maldita tos y no despertarte de no he cuando vengo del Casino.

ELLA.—¡Pues si piensas curarte la tos, comprate un cascabel.

tén" de cosas "descacharrantíferas", dormidas, ¡ay!, al arrullo de otras cosas.

Vaya un aplauso a Richet, y a ver si dentro de poco le vemos con un capitulito "llorón". Por mi parte, prefiero morir tan pobre como el tan conocido Cenizo.

Antonio Morilla

Nuestro queridísimo y soberbio compañero Ramos de Castro es tan «comprimido» de estatura, que la noche que con gran éxito estrenó «Por un pelo» y cuando el público entusiasmado pidió que saliera el autor para tributarle una ovación merecidísima..., el que no tenía gemelos no le vió.



TAURO-GALANTERÍAS

Recibimiento obligatorio.

por F. Ramos de Castro.

Permitáseme, a lo menos una vez (o antes, si espera peligro de muerte, que dice el "Cate"), que relegue al "ostricolacismo" la reseña tauro-galante, para ocuparme unos "milímetros" de mi cuerpecito serrano, a propósito de una "sección continua" de rentois que me vienen "tirando" los queridos compañeros de EL VIEJO VERDE.

Un día fué Morillas, con un chistecito alusivo a mi colorcito "negrales"; otro día (y no sé quién, porque el autor permanece en la penumbra), fué otro puntazo con desgarre, a propósito también del tinte que me baña, y finalmente, Demetrio, en el pie del retrato de Alvaro Garcés, me pone de pequeño, que, ¡naturalísimo!, no hay por dónde cogérme.

¡So envidiosotes!

Pero ¿qué va a ser esto? Pero ¿qué sus habéis estereotipao, monines? ¿Que servidor se deja saltar a la torera? ¿Es que

en la Redacción sois todos perfectos? Pues, nada, que a este ecónomo se la inflamao el apéndice de sonarse, y allá va, Y al que le pique, que se bañe.

Tú, Morillas, hijo de mi vida, ¡parece heliotrópico que me zahieras!; pero, rico mío, si andas que contusiones, y tienes un pescuezo que parece un almacén de equipajes, ¡no se ven más que bultos!

Y usted, Demetrio, ¿de qué presume? ¡Como no sea de formas! Porque, ¡parece mentira!, le gana a usted jugando a la rana ¡hasta Lugea!

Y en tocante a lo de que Alvaro Garcés es un autor más alto que yo, vamos, dado mi natural (corriendo la mano) soberbieta, y para que os convenzáis de quién es éste que lo es, desaffo al querido compañero a escribir un sainete a oscuras o con los ojos vendados, y escuchando el "dale a la zambomba", pongo por pesadez inarmónica.

El Viejo Verde

Y no vayáis a hacer la insipidez de mosqueármese, porque, además de serme hiperbólico, me puedo hacer el antidinástico y pisaros el esófago, hasta colindar con el papilleo; y no me enredo a bocaos con Demetrio, porque tendría que pedir la vez a las señoras que nos le monopolizan.

A ver usted, señor Guío; usted ¿de qué presume? Pero ¿usted qué sabe de aventuras amorosas, so infantil, si cada vez que tiene usted que piropear a alguna berrenda en frescales, se apura usted más que si fuese a examinarse de latín!

¿Qué pasa? ¿Dice algo San José? ¡Ah! Vamos, creía, porque iba a ser cosa de ponerse clásico y convidarle a unas limpias, y después, ni María Santísima, su divina cónyuge, le libraba de servidorcito y matarife.

Pongan debajo de todo esto que cuando escribo las líneas que preceden estoy dispuesto, antes de enredarme con ustedes, a pisarle el bajo vientre a Prudencio Iglesias, y eso, pongan que como vermut.

Encarrilao ya, y cuesta abajo, os di-



EL MARIDO.—¡Infame; me ha dicho Julián que ha sido tu amante hasta hace quince días!

ELLA.—No hagas caso; eso es despecho por que le he retirado el saludo.

EL.—¿Pero a qué le llamas tú el saludo?

El Viejo Verde

LOS VIOLENTOS



ELLA.—De eso que me pide, no le puedo servir.

EL.—¡Pues rompo el velador!

ré que sois unos anfibénidos, que no chaneláis de feminismos; que Angélica del Diablo no es lo que os habéis ilusionizado, angelitos; a lo más, es un decadentista liláceo, con inclinación al faldeo, a quien voy a tener el gusto de buscar para sentarle en un guardacantón, aun exponiéndome a que me diga:

—¡El gusto es el mío!

¡Vaya usted de ahí... joven volteao! Conque ya lo sabéis, queridos compañeros y tal: pocas cadencias a costa de mi triste natural negrazo, que además las hace revolcarse a todas; y nada de alusiones a mi talla, porque os voy a pisotear las tripas, y va a ser una vergüenza para vosotros.

¡Taday, "nisificantes"!

Francisco de Castro



ELLA. — ¡Simpatiquísimo amigo! Dichosos los ojos que le ven por mi casa, que es la suya; aquí puede usted mandar con la seguridad de ser obedecido.

El. — ¿De veras? ¡Pues va usted a tener que obedecerme en seguida!

LOS CELOS

I

Julio Ranza se casó muy joven y profundamente enamorado de su mujercita. Su vida de soltero fué bastante desordenada y crapulosa, no respetando virtud alguna y prefiriendo, en sus correrías de libertinaje, el sabroso encanto de la fruta del cercado ajeno.

Por eso, ahora que se encontraba en las mismas condiciones que muchos de los maridos que él había ridiculizado y hecho infelices, temblaba ante la sola idea de que pudiera ser también convertido en astado mortal.

Vigilaba incesantemente a Pepita, su cara mitad, con una vigilancia que rayaba en los límites del ridículo. Si ella tenía que salir a cualquier recado imprevisible, él se quedaba en casa intranquilo, haciendo mil desatinadas suposiciones y, casi siempre, acabando por ir donde ella se había encaminado, en la creencia de que iba a sorprenderla en una falta.

Con objeto de que no tuviese cómplice (como él decía), no había permi-

tido que su mamá política, la gruñona doña Salomé, habitase con ellos, prefiriendo pasarla una cantidad para que pagase una habitación, puesto que la comida la tenía asegurada por una modesta pensión que la dejó el marido al morir.

Pepita sufría con resignación todas estas impertinencias de su celoso marido, y solamente algunas veces se atrevía a decirle:

—Pero, Julio, ¿qué ves en mí para que me mortifiques con tus ridículos celos?... ¿No sabes que te quiero con locura, que te he dado mi cariño aún antes de que lo consagraras con esta unión que tan feliz me ha hecho?...

—No es que recele—decía con mal disimulada sinceridad Julio—; es sólo evitar que algún insolente se atreviera...

—Aunque se atreviera, yo me basto para castigar cualquier grosería... ¡Celoso! ¡Sólo perdono tus celos porque me demuestran que me quieres mucho!

—Sí; no lo dudes, Pepita.

Y casi siempre terminaban estas escenas con un beso frenético por parte de Julio y un suave y amoroso abrazo de Pepita; abrazo que a él se le antojaba poco cariñoso, así como dado por compromiso.

Lo que más irritaba a Julio era que su profesión de periodista le obligaba a pasar las noches fuera de su casa. Estaba encargado de confeccionar un diario matutino y no podía faltar una noche de la Redacción; así que, cuando llegaba a su casa, era siempre bastante entrado el día, porque por pronto que sus inquietudes le quisieran llevar a su casita, no faltaba algún compañero que le entretuviese.

Además, vivía bastante alejado de la Redacción. Había alquilado un hermoso y solitario hotelito en los altos de la Prosperidad, y lo que ganaba por lo silencioso y apartado del retiro, lo perdía por la gran distancia que había a la calle del F..., donde se hallaba el periódico.

Una noche, cuando llegó a la Redacción, un ordenanza le entregó la correspondencia que a su nombre se había recibido aquel día, y se dispuso a despacharla en seguida. Cogió una carta al azar, rasgó el sobre y... leyó lo siguiente, que al pronto le dejó helado:

“Tus celos son justificados... Si quieres convencerte, sorprende a tu mujer de noche.—Una amiga.”

Reaccionó. Arrojó la carta con furioso ademán encima de la mesa y se sumergió en dolorosa reflexión, mientras que su cuerpo era presa de un violento ataque de nervios...

—¿Será verdad?— se preguntaba—. No será una vil calumnia de alguna des-
pechada amante de mi vida de soltero?
¡Sí, eso es, sin duda alguna! Una ven-
ganza femenina. ¡Tiene gracia!— decía
riendo, con risa forzada, que contrasta-
ba notablemente con la palidez y el des-
encajamiento de su rostro—. ¡Arrojemos
este papel, que abrasa mis dedos, al ces-
to del papelote! No puedo hacer caso
de un anónimo...

Se levantó un poco más tranquilo y
se encaminó al salón grande de la Re-
dacción para recibir órdenes del direc-
tor. Por el camino se detuvo varias ve-
ces. Parecía meditar una idea. Entró,

preguntó por el director; le habló rápi-
damente, nerviosamente, y volvió a sa-
lir. Se encaminó a su despacho, rebuscó
entre los papeles y se guardó el anónimo
en un bolsillo.

Quilínín.

(Se continuará.)

¿Les ha gustado el extraordinario?

Pues hagan cuenta que ha sido un... cañamón
comparado con el próximo.

Juramos que ha de ser ¡¡estupendo!!!



ELLA.—Pues yo prefiero estar gorda: hace años estaba delgada pero la delgadez me
sentaba mal.

EL.—¿Ahora no le sentará mal, verdad?

El Viejo Verde

7

¿Quién es... "ella"?

Hace ya un año.

Las carreras de caballos celebradas el pasado domingo en el Hipódromo, pusieron fin a las de la temporada de primavera de este año, y han sido las más brillantes, las más espléndidamente concurridas de mucho tiempo acá.

Pareció el Hipódromo una inmensa cesta de flores, traídas de todos los países—entre las cuales destacaban, airoosas y atrayentes, las nacidas en jardín español—, colocadas al azar por una mano experta en fingir desorden y hacer arte de tan sencillo modo, que la natural belleza de cada flor era algo así como el complemento de las que la rodeaban. ¡Pocas veces habremos admirado en la pista oficial de los concursos hípicas, una tan hermosa variedad del sexo bello! Yo difícilmente que el caballo ganador de la carrera de Ventas, "Juge de paix", ni su jinete, vuelvan a ser aplaudidos por un conjunto de manos de mujer como el del domingo.

Pero lo que más poderosamente llamó mi atención allí fué una mujer extranjera, como de treinta años, esbelta, de severa belleza las facciones, elegantísima; acompañada de una jovencita preciosa, de mirada imprecisa y rostro de expresión idiota. Solas en su tribuna (próximo a ella fué sustituido en el mando por "Bohemio", un magnífico caballo del conde de la Cibera. ¿Recordáis?), atenta, al parecer, la dama, a lo que en la pista ocurría, sin mirar siquiera a la jovencita que la acompañaba...

La presencia de estas dos personas en el Hipódromo trajeron a mi memoria una fecha, un caso, un día, una fiesta memorable; fiesta hípica que París entero recordará como yo, aunque sólo yo relacione en mi imaginación, la fiesta aquella, con la del pasado domingo en Madrid, y en las dos extranjeras que tenía ante mis ojos.

Fué en el Hipódromo de París donde las vi la primera vez; la tarde del "Grand Prix" de 1914; cuando "Sardanapale", el caballo vencedor aquel día, obtuvo la victoria por "un cuarto de cuerpo", estremeciendo de alegría a los que ya daban por perdida la apuesta, y haciendo rugir de indignación, un solo momento, a los que habían jugado por el contrario. Fué entonces cuando vi a esta mujer, acompañada de la misma jo-



ELLA.—Anda, hazme el retrato en esta cúspide.

EL.—Espera a que se calme el viento, porque si no, va a salir

vencita linda de bello rostro de expresión idiota. Su mirada cruzó con la mía más de una vez. Y advirtió que me fijaba en ella. Y pudo apercibirse que mis ojos

saldrá movido.



a salir una porquería de retrato.

escudriñaban los suyos, de siniestra expresión, y el juego de sus labios finos de sonreír punzante, hasta el momento mismo que Maurício de Rotschild, sombre-

ro en mano, y llevando del diestro al vencedor, se inclinaba respetuoso y satisfecho ante la multitud frenética, que aplaudía a su caballo "Sardanapale".

"Ella" subió a su carruaje, y... cuando la multitud que había asistido al "Grand Prix" se desbordó gozosa, llenando, a la hora del te, el Pabellón Danphine, Astoria, el Jardín de París, el Pré Catelau, los vendedores de periódicos atronaban con sus gritos, voceando el triunfo del caballo del banquero, y una noticia que hizo estremecer a muchas personas, cuyos rostros se tornaron lívidos, cuyas manos se extendían afanosas a los vendedores para comprar la hoja periodística:

—"¡L'assassinat du Prince heretier d' Autriche et sa femme! ¡Le triomphe de "Sardanapale"!..."

París fácilmente emocionable, no creyó la noticia de momento. La saboreaba, pretendiendo diluirla en el triunfo del caballo de Rotschild. Y la noticia tuvo su confirmación. Eran los muertos el Príncipe Francisco Fernando de Austria y su esposa. Y fueron aquellos disparos algo semejante a una señal esperada para dar comienzo a la destrucción de Europa, que en seguida empezó y aun continúa, sin que a estas horas pueda decirse si ha de terminar por devastación absoluta del viejo continente, o si hace falta matar a alguien para que los cañones enmudezcan y las espadas, rojas de sangre humana, vuelvan a sus fundas, para no salir jamás de ellas.

Hace ya un año. La presencia en el Hipódromo de Madrid, el domingo pasado, de la dama extranjera, que vi en París el día del "Grand Prix" de 1914, puso en mi alma un sentimiento de terror instintivo por mi Patria grande, por mi madre Patria... Yo, que rindo culto a la mujer, me agradaría abrir mis brazos para recibir a ésta en ellos, y cuando en sus espasmos de amor o de lujuria de esta hembra misteriosa—que mi pensamiento relaciona con lo que hace morir de pena a tanta mujer hoy en el mundo—, se abrazara a mi cuello y pidiera mis labios, yo se los daría levemente, primero para excitarla más, y rendirla, y oír de su boca lo que yo supongo crimen de lesa humanidad, y echarle entonces la mano al cuello, y apretar, poco a poco, más cada instante, hasta sentir en los dedos el aliento último de una idea canalla y despreciable... La mujer ha sido creada para los más altos fines de la Humanidad. ¿verdad, lectora?...

Alvaro Garcés.

Madrid, 28-6-915.

Una conquista.

(Diálogo castizo.)

- Me gusta usted hasta el arcano.
—¿Más que un trajecito nuevo?
—Unas miasas más, mi negra, chirimoya de mis sueños.
—Es usted demasiao guasa.
—Y usted un terremoto, cielo.
—Piense usted bien lo que dice.
¿Está usted quizá durmiendo?
—Al verla, se me figura que la vida es todo sueño, pues hay cosas, ¡so gitana! que aunque se vean despierto, como las digiera uno y se las eche pa dentro, le dejan a uno dormido y con los ojos abiertos.
—Cambie ya de repertorio, y aunque sea en dialecto, dígame alguna otra cosa y hábleme usted un rato en serio.
—¿En dialecto? ¡So guasona! Me toma usted por gallego, por catalán, andaluz, por vansomgao o extremeño? No soy na de eso, morucha: soy madrileño y mu neto, mu castizo y algo chulo, y tocante al sexo feo, soy de lo mejor, la crema, y además soy mu travieso. A mí me gustan las hembras como tú, tocino e cielo, y contigo yo esta noche... para qué decirlo... bueno...
¿Me comprendes?
—Te comprendo.
—Pues dame un abrazo.
—¡Quieto!
—Las cosas, o se hacen pronto o se las deja pa luego, pa ese "luego" que no llega. Conque si quieres, lucero...
—Si te empeñas...
—¿Cómo no?
—Pues duro con el mochuelo.
—Negra mía. ¡Vaya carne!
—Estate quieto, so fresco.
—¿Qué he de estarme yo? ¡Apachaza! Mira una casa de... juego; ¿subimos?
—Vamos.
—¿Me quieres?
—Dame un duro, que te quiero.

A. MARTINEZ.





LA MAMA.—¡Dios quiera que te sienten bien los baños de esta temporada!

LA HIJA.—Lo que quiero que me sienta bien es el traje de baño.

La historia de mi amiga.

por **Angélica del Diablo.**

He acabado de cenar a las ocho y media, y me he sentado en una mecedora, dispuesta a hacer mi digestión, arrullada por los chillidos y gritos de un cen-

Los de casa.



Manuel Guio.

Este bibelot con asa (¡esa nariz!) que tenemos el honor de exponer, es uno de los miembros del Viejo: como ustedes habrán podido percatarse por sus artículos, derrocha la sinvergonzonería graciosa. ¡Esperen un poco que se nos olvidaba decir una cosa! De estatura, resulta el gigante Arrudi con relación a Ramos de Castro.

tenar que de niños y niñas dan cada día debajo de mi balcón.

Primero, al morir el día, los vuelos de las golondrinas me distraen, y sus chillidos me estremecen. Después, los niños me hacen pasar dos horas riendo y jugando "in mente" con ellos. Y, finalmente, en la quietud de la noche, invaden mi cerebro ideas extravagantes y extrañas y exaltadas, contemplando las constelaciones que forman otros mundos que por el firmamento eternamente viajan, y haciéndome pensar si sus habitantes serán más dichosos que nosotros.

Pero esta noche la luna estaba frente a mí, y su faz plateada y su resplandor me deslumbraron mi retina primero y mi espíritu después, desvelándome, y me dispuse a escribirles lo prometido.

Escribiré hasta que me cansé la historia de mi amiga. Primero he de decirles que mi pobre pluma no será todo lo diáfana que es menester, porque en unos lugares mi cerebro no sabe exteriorizar como debe sentimientos y sucesos a otro ser, y en otros, mi pudor y decoro me impiden hablar con entera crudeza. De todos modos, por quererles enterar de una villanía, me meto en un lío, del cual salga malparada a los ojos de ustedes quizá. Por lo demás, ya sabrán leer entre líneas lo que por vergüenza o ignorancia no diga.

Cinco años hacía que no veía a mi amiga.

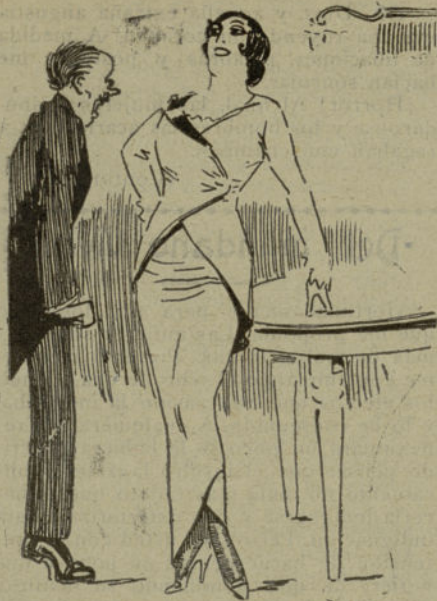
Un día entra en mi casa como un torbellino, después de llamar nerviosamente, y se deja caer en mis brazos, llorando y presa de un ataque de histerismo sentimental.

¡Amada Eva! ¡Querida Angélica! Ella lloraba, lloraba... mientras yo besaba la seda de sus mejillas con apagados y fugitivos besos alados.

—¿Qué ha sido de tí, querida?

—Me he casado.

El Viejo Verde



EL MARIDO.—¿Cómo que no te alce el gallo? ¡ Te lo alzo, sí, te lo alzo!
 ELLA.—¡Bah! ¡siempre te quedas corto!

—¿Eres feliz?
 —Sí y no.
 —¿Cómo es eso, que no te entiendo?
 —Cuatro sentimientos albergo para mi marido a la vez: odio, desprecio, asco e idolatría.
 —Chica, explícate, que no comprendo.
 —Verás: tú sabes, por nuestras confesiones mutuas, que yo quería para casarme un hombre libertino, cansado de todos los placeres de la vida, para tener la seguridad que la curiosidad de lo desconocido no radicaría en él ya, y, por lo tanto, yo sería única reina y soberana suya.

Así fué, y durante dos años yo fuí feliz. Un día el demonio tentóme y pensé: ¡Qué satisfacción más grande para mí ver a mi marido solicitado por bellas mujeres y rechazarlas a todas por mí! Y una mañana digo a mi marido:

—Oye, tengo un capricho.
 —¿Qué capricho es éste?
 —Pues desearía presenciar, oculta, una orgía como a las que te entregabas cuando eras soltero.

—¡Qué idea!
 —Sí; y puedes escribir a tus camaradas de soltería y decirles que, cansado de tu vida de matrimonio, quieres pasar una noche de jolgorio. Les citas para

una noche en tu villa C, y que lleven allí a las bacantes más hermosas y sugestivas. Yo me ocultaré donde pueda verlo todo, y tú, después de la fiesta, vendrás a reunirme con tu mujercita. Tanto insistí durante muchos días que, por fin, a regañadientes y de mala gana, accedió.
 Llegó la noche esperada y él me decía:

—Vaya... vaya una noche que por tu capricho me haces pasar. ¡Alternar con gentes de las cuales me aparté con asco!
 —¡Perdóname, nenín; no te lo pediré ya más!

SOLILOQUIO



—Sí; debo ponerme lo más guapa posible, hoy que come con nosotros ese amigo de mi marido. (Pausa.) Porque... ¡claro! que yo, con gustarle a mi marido... eso es... no tengo que enamorar a nadie, pero... no se puede decir de este agua no...

Las bocinas de los autos nos advirtieron de su llegada. Mi marido bruscamente me mete en el dormitorio contiguo y me dice:

—¡Cuidado en que te descubras!

Y de un portazo cierra la puerta con llave, sacándola. Para ver, solamente tengo la cerradura. ¡Cómo me arrepiento de haber solicitado este capricho!

Tumultuosamente entran en tropel, gritando, chillando y riendo. Acercó una mesa y me subo para ver por la ventana de encima de la puerta. ¡Dios mío! Son ocho hombres y diez mujeres hermosísimas y elegantes. ¡Qué angustia más extraña sentía mi corazón!

Una voz dice: "Mira, chico, como sabemos lo ansioso que eres, te hemos traído dos exfavoritas del Sultán (?). Despójense de sus sombreros ellas y siéntanse en la mesa. Mi marido en medio de dos bellísimas mujeres y como si la silla tuviera alfileres. Una le dice: "Estás muy fúnebre desde que te casaste." Dicen las bellas: "Nosotras respondemos de alegrarle más que unas castañuelas." Y le rodean con sus brazos para darle un beso, que él rechaza con brusco ademán.

¡Oh, Dios, y aquella extraña angustia que iba royendo mi corazón! A medida de libaciones, palabras y posturas, me hacían sonrojar.

¡Horror! Al final, las mujeres desnudáronse y los hombres las acariciaban y regaban con champán.

(Continuará.)

Del mundano vivir.

Afortunadamente para mí, logré lo que me proponía. Las mujeres son, además de malas, tontas. Pretendí recrearme contemplando el odio de una, viendo los efectos que esta pasión la inspiraba, y lo he conseguido. A cualquiera que reflexionara un poco se le hubiera ocurrido pensar que el insulto lanzado públicamente no tenía más objeto que el hacerla indignarse y que exteriorizara esta indignación. Pero vaya usted con la pretensión de hacer pensar un poco a una mujer; de que, dominando su instinto, viva con el cerebro, aunque nada más sean unos instantes. Esto sería lo mismo que exigir a un hombre que se diera

A TÍ

Este mar que me aturde en su inmenso zumbido,
que habla en lengua impóluta de lo desconocido,
¿es aquel do se hundían las perlantes estrellas
y estas rocas grotescas, son las rocas aquellas?
¿Son tus manos las manos que besé con cariño,
blancas manos sedosas, tibias manos de niño,
y tus ojos, los ojos azules y velados
que me hablaban de amores líricos y sagrados?
¿Esta vida es la misma? ¿Esta casa es tu casa?
¿Soy yo el ángel que viene o el demonio que pasa?
¿Estoy, como hace tiempos, al borde de la gloria
o soy el personaje extraño de una historia?
¿Me quieres? ¿Me idolatras como entonces? ¿Acaso,
el amor es el gesto cínico del payaso,
que se olvida, o es algo divino, algo tan fuerte
que arrancarlo no pueden las garras de la muerte?
¿No lo sabes? ¿Recuerdas áureas noches de luna
pasadas al respaldo de la esfinge cabruna
que tocaba la flauta entre un árbol de rosas
y volvía la frente para oír nuestras cosas?

Después de tantos tiempos, después de tantas fechas,
si al volver a tu lado me encontrara deshechas
las ilusiones locas de mi ideal pasión...
¿se te habría secado la flor del corazón!

Angel G. Lugea.

cuenta de lo que es una mujer. Porque ahora que se me ocurre, y para no olvidarlo, diré que en la mujer impera el egoísmo desmedido, en combinación con la carne en el hombre, en estas cuestiones de faldas impera la tontería.

Digo esto, porque siendo el egoísmo y la carne lo que domina a las mujeres, en vez de ser los hombres esclavos de la mujer, podían ser esclavizadores.

Ya os habíais creído que se me olvidaba este defecto vuestro. Antes no pueda yo satisfacer ninguno de mis vicios que se borre de mi memoria el menor de vuestros defectos.

Pero siguiendo con el motivo de este artículo, diré que el espectáculo tuvo más encanto que cien noches de orgía o de ensueño.

El salón-comedor del nocturno restorán, inundado de luz, lleno de hombres y mujeres, plétorico de alegría. Frases que más parecían de servilismo que de amor; miradas más propias de cuervos hambrientos que de hombres; otras más propias de un avaro judío que de una bella...

Recordando esto, aseguro me cuesta mucho trabajo creer que ciertos ojos puedan mirar de cierta manera. Si yo fuera creyente, dejaría de serlo al ver la mirada de unos bellos ojos azules valorando un brillante, mientras la dueña de esos ojos dice lindas palabras de amor. Tal monstruosidad sólo puede ser permitida por un dios: Mercurio.

El espectáculo del restorán era hermoso, encantador; pero ya me aburría, y pensé algo que me divertiera.

En aquel momento "ella" hacía su entrada triunfal, seguida de una verdadera cohorte de amadores, que gozaban con el solo pensamiento de convertirse en lacayos...

Sería emocionante la escena: clamoreo, estupefacción. Quizá algún duelo con alguno de los imbéciles que la rodeaban. Para "ella" la herida en su orgullo y tal vez el escándalo que haría ostensible su inferioridad.

El cerebro pensó la frase y los labios la pronunciaron irónicamente.

—Eres una ingrata. Mi criado está muriéndose.

La sonrisa que dibujaban sus labios se convirtió en una mueca horrible; hubo más fuego en sus ojos y una intensa palidez en sus mejillas, y la mano que se tendía pidiendo mi mano evolucionó en el aire, y a no volver yo el rostro hacia ella, hubiese dado en mi mejilla en vez de dar en mis labios, que, inconscientes al sentirla, dibujaron en ella un beso.

Después... después un mordido ¡cana-

El Viejo Verde

GALANTERIA



EL.—Señorita: si me permite que le haga el lazo, lo sé hacer con siete nudos.

lla! reálló como un latigazo en el espacio, sobreponiéndose a las notas de los violines, y un coro de sonoras carcajadas puso un comentario burlón a la escena.

Para qué voy a extenderme narrando todo lo que ocurrió después. Desatadas las pasiones de "ella"; libres por fuera de su indignación entre insultos y frases horribles, narró detalladamente mis desprecios y la manera de consolarse de ellos mientras yo saboreaba mi Kumel.

Fué un rato divertidísimo. No faltó un idiota que, no comprendiendo nada de la escena, me entregó su tarjeta.

Cualquiera creerá que, luego de lo pasado, "ella" no ha vuelto por mi casa, ¿verdad? Pues no es así. Cuando a la mañana siguiente estaba yo dando la tarjeta que su defensor me entregó la noche antes para que le llevaran un par de zapatos a componer, en vez de las condiciones para un duelo, "ella" se presentó en mi casa, y al ver a mi criado tan bueno y sanote como siempre, no pudo reprimir un movimiento agresivo hacia mí.

Había creído seriamente lo de la enfermedad, y esta creencia la hizo pasar mala noche.

Antonio Herreros.

Regalamos un kilo de fruta a quien nos proporcione un retrato de *Angélica del Diablo*.

Modista. Enseña el corte por casi nada. Cereal, 114.

Puedes tomar la resolución que quieras: si te resulta muy burro, haberlo pensado antes: yo no me puedo reformar así como así. Liborio

Amigo Demetrio: ¿Donde se vende el aceite de hígado de Bacalao?—Un trasnochador.

Un anónimo. Cuando no se ha muerto usted de dolor de cabeza, ya no se muere nunca.—Un amigo.

UN GRAN EXITO EN LIBRERIA

El amor prohibido.

Estudio sociológico y psicológico del vicio clandestino.

POR EL

Doctor Gaufein.

Interesante estudio de las diferentes fases del amor considerado ilícito por la moral vigente. Su desarrollo.—Su acción en la sociedad.—Sus consecuencias.

Esta obra forma un hermoso tomo lujosamente editado, impreso sobre excelente papel satinado y exornado con

24 artísticos desnudos en tricómia.

Por la índole especial de esta obra todos los ejemplares irán precintados y lacrados.

Sumario: Prólogo.—Las posiciones estratégicas del amor prohibido.—La seducción.—La soltera, la viuda y la divorciada.—Como caen las mujeres.—La querida.—La adúltera.—La prostituta.—El burdel.—La buscona.—La casa de dormir.—La alcahueta.—El amor morboso. La esterilidad provocada.—El café concierto y el music-hall. La artista. El foyer. La noche del debut. Las entretenidas.—Resumen. Apéndices.

PRECIO: CINCO PESETAS

Este libro se vende en todas las librerías, Centros de suscripciones y kioscos de España y América. También se enviará franco de portes y certificado, remitiendo 5,25 ptas. en cualquier forma de fácil cobro o en sellos de franqueo de España, dirigiéndose a la casa editorial de **B. BAUZÁ, editor.—Aribau, 175, BARCELONA**

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secetos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídanse gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después.

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.). Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual, para que ésta se verifique en la forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etc.). Precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben o aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. 3 pesetas. Buenas librerías de España.—En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando tres pesetas por Giro Postal a "Archivo". Apartado 432, Madrid.